



Símbolo. Detalle de "La Libertad guiando al pueblo" de E. Delacroix (1830).

La revolución histórica

Un clásico de Jules Michelet reeditado en España es para Savater un acontecimiento.

FERNANDO SAVATER

Si ustedes me preguntan cuál es, a mi juicio, el acontecimiento editorial más importante de 2008, no tendré más remedio que hablarles de una obra magna que probablemente no haya visto comentar en las páginas culturales ni los suplementos literarios. Se trata de la **Historia de la revolución francesa** de Jules Michelet, traducida por Vicente Blasco Ibáñez, que ha publicado la editorial Ikkusager. La edición (patrocinada por la Fundación Pablo Iglesias y con apoyo de instituciones culturales francesas) viene excelentemente presentada en tres volúmenes dentro de un estuche, ilustrados por Daniel Urrabieta Vierge, un auténtico maestro español en ese campo que trabajó y triunfó en el París de finales del siglo XIX. La arriesgada aventura de esta publicación es un empeño personal del valeroso piloto de Ikkusager, Ernesto Santalaya, a quien también se debe entre otras cosas que tengamos en buenas ediciones actuales las dos principales novelas marineras de Pierre MacOrlan, **El canto de la tripulación** y **El ancla de misericordia**.

¿Quién fue —y es, para siempre— Jules Michelet? La literatura



nos brinda genios, señores, maestros y también, sencillamente, amigos. Autores con los que simpatizamos por su tono y talante aunque seamos conscientes de sus caprichos y a quienes perdonamos incluso sus más flagrantes arbitrariedades. Entre estos últimos, para muchos lectores (como Víctor Hugo, Bataille, Charles Peguy, Jean DuVignaud, Roland Barthes y quien esto firma) figura Jules Michelet. Fue un espíritu no ya poético, sino incluso mágico, que eligió para expresarse la prosa y los recursos de la erudición histórica o científica, aunque le interesaron más las metáforas y las intuiciones visionarias que la compulsión de fuentes o la acumulación de datos. Nunca aspira a la objetividad neutral sino al apasionamiento significativo. Sus fobias (los curas, los jacobinos, Inglaterra, el fatalismo, la Edad Media) y sus filias (los es-

toicos, la educación, Alemania, el pueblo, la risa, la mujer como espíritu natural) aparecen a cada paso como evidencias apoyadas por una elocuencia a veces sonámbula y siempre extrañamente seductora. Aparte de sus monumentales historias —de Francia, de la Revolución, del siglo XIX— escribió ensayos asombrosos de voluntarismo y perspicacia sobre cuestiones vastas: **El mar, El amor, La mujer, La montaña**. Quizá el mejor de todos (y el único que sigue siendo reimpreso) es **La bruja**, un personaje de inconformismo heroico pero sciágo que gloria magistralmente abriendo paso a Aldous Huxley o Julio Caro Baroja. De este ensayo dijo Baraille que convierte a su autor "en uno de los que hablaron más humanamente del mal".

En cuanto a su labor como historiador, nadie la describió mejor que Roland Barthes, que le dedicó el más agudo y atinado de sus estudios literarios (**Michelet**, FCE): "El historiador es el que ha dado la vuelta al tiempo, volviendo atrás, al lugar de los muertos y recomenzando su vida en un sentido claro y útil; es el deminguo que uno lo que estaba disperso, discontinuo e incomprensible". Así rescuita de nuevo para los lectores la historia y la leyenda de la Revolución Francesa como batalla del pueblo por la verdad y la justicia, con incomparable capacidad de evocación. No diremos que estos tres copiosos volúmenes se lean como una novela, porque Michelet detestaba el género: contentémonos mejor con subrayar que pocas novelas históricas de las hoy en boga pueden competir con su lectura. Sin duda la facundia de Blasco Ibáñez (denostado por los exquisitos en su día como mero fabricante de best sellers y hoy añorado por su opulencia narrativa) es una excelente ayuda para la fluidez de la obra con su traducción, completada y puesta al día en cualquier caso por los editores. Cuando le preguntaron a Michelet en qué se consideraba superior a otros historiadores, respondió: "He amado más". También había dicho, hablando de la mujer, que "el más vivo aguijón del amor no es tanto la belleza sino la tormenta". Es decir, la revolución.

(C) BARCELNA Y CLARET



Luis Chitarroni. El esgudo de Coelho.

Una prosa particular

"Mil tazas de té", para Oliverio Coelho, es obra de un ensayista "en estado de gracia".

OLIVERIO COELHO

Luis Chitarroni es uno de esos escritores que, a pesar de la dilación y la expectativa que acompaña cada una de sus publicaciones, no deja de despertar en sus lectores una ansiedad apenas previa a la admiración.

En el libro **Mil tazas de té** (La bestia equilátera) la textura de la prosa y el versátil diálogo interno —de Cervantes a Nabokov, pasando por Borges y Ceyvaldo Lamborghini—, no deriva de la argumentación prófuga ni del rigor académico. La potencia y la particularidad de Chitarroni es más bien la de un ensayista en estado de gracia, un escritor concéntrico que ha decidido borrar el límite de los géneros y los ha anudado en un registro íntimo, en un tono vital: el de alguien que parece asombrarse a medida que escribe. Los accidentes literarios —o hallazgos poéticos— modulados en una prosa repujada en el comentario libresco y en las asociaciones, en vez de asentarse hormiguean y producen una escritura muy alta: un emparejamiento con la efusión borgiana. Esa efusión incondicional e íntima como un sueño —y por lo mismo predestinada a la interrupción



y a la desmesura—, puede ser la enarración de un lenguaje cuyo susceso, en **Mil tazas de té**, se percibe a contraluz en cada párrafo el amor por la literaturam, y el estilo para nada gratuito que este mismo amor libera en la escritura. Puede decirse que la grafía de ese estilo desafía el sentido común, rechaza la conspiración didáctica y reclama, como la buena poesía, la inspiración de un lector intuitivo y fugitivo. Elegir un libro, venerar a un autor, es la expresión de una comunidad estética, la señal de una debilidad selectiva en un presente de estadísticas, rumología y rankings. Sentirse afectado—convadado, conmovido, inquieto o desvelado, etc.— por la particularidad de un libro y por el universo conjetural de un escritor, me parece más sensato que confesar su supremacía.

REVELACION



Hacé que la noche venga
LEONARDO OYOLA
MONDADORI
247 PÁGS.
\$ 36

Con un ritmo despiadado, la prosa de Oyola es una piña arriana. Este año, obtuvo el premio Dashiell Hammett de la Semana Negra de Gijón (España) por su novela "Chamame" (que editará Mondadori en 2009).



76
FELIX BRIZZONE
TAMARSCO
144 PÁGS.
\$ 29

Sin dejar de ser un primer libro de cuentos, el autor aparta cuotas de frescura a la narrativa argentina. En un tema delicado como la dictadura, brinda nuevas reflexiones que, en su novela "Los topes" (Mondadori), llega al delirio.



Radio ciudad perdida
DANIEL ALARCÓN
ALFAGUARA
260 PÁGS. \$ 49

Un retrato brutal de las consecuencias de la violencia en Latinoamérica desde el punto de vista de un peruano criado en EE.UU. Alarcón ganó el premio PEN a la mejor novela de 2008 en su país de residencia por este libro.

POESIA



La mitad de la verdad
IRENE GRUSS
BAJO LA LUNA
336 PÁGS. \$ 49

Honda e irónica, este libro reúne la obra poética de Gruss entre 1982 y 2007. Con el título "Poemas irresueltos" también se publican los poemas inéditos de la autora, en sus distintas versiones. Una voz singular.



Un arte callado
JOAQUÍN GIANUZZI
EDICIONES DEL DOCK
\$ 35

Libro póstumo—Gianuzzi murió en 2004—se destaca por unos poemas que están al mejor nivel de su producción y que contienen un registro político del que el autor prefería desistir. Una poderosa artillería verbal.